

Por otra parte, aquellos que no tienen en sí la vida sobrenatural jamás podrán creer en ningún hecho sobrenatural. «Aun cuando uno de los muertos resucite, dice el Evangelio, tampoco le darán crédito<sup>1</sup>.» El espíritu no puede en manera alguna admitir aquello de que no tiene en sí germen ninguno de experiencia interna. El milagro patente á los ojos de los que se hallan constituidos en estado de incredulidad y quieren permanecer en ella, no puede darles la fe, como tampoco se puede dar la palabra al animal porque se le dirija la palabra. Seamos sinceros : que haya doce resurrecciones de muertos bien verdaderas, el año próximo, en Francia, ¿no prevéis que la mayor parte de los espíritus constituidos en estado de incredulidad no se impresionarán por ello ni poco ni mucho? Ó rehusarán averiguar los hechos, ó si averiguan que son reales, deducirán esto : « Hé ahí un nuevo modo de acción de las fuerzas de la naturaleza ó de la voluntad del hombre. » Los ateos no por eso irán á Dios. *Animalis homo non percepit ea quæ sunt spiritus Dei*, dice San Pablo (I Cor. II, 14), *non potest intelligere*. Ni el hombre encerrado por entero en la vida fisiológica, escasamente barnizada por la facultad de hablar, ni el hombre pensador y encerrado en la fa-

<sup>1</sup> Neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent. Luc. XVI, 31.

cultad racionadora aislada, pueden admitir nada de lo que es de la vida y del espíritu de Dios. Es menester la unión real y personal con Dios, para concebir las cosas de Dios. Mas, por desgracia, hay entre los hombres estas tres distinciones radicales, establecidas y sostenidas por la libertad de cada uno : Se es ó se quiere ser, ya *ex voluntate carnis*, ya *ex voluntate viri*, ya *ex Deo*.

## V.

Permitidme que os lo diga, amigos ó adversarios. La gran cuestión del tiempo presente y de todos los tiempos es esta : El número de los hombres que quieren ser de Dios, que llevan en su alma la experiencia de Dios, que se esfuerzan en someter su vida á la vida misma de Dios, ¿ese número aumentará ó disminuirá? El número de los hombres completos que han tomado á Dios por Padre, y que no viven solamente de la sangre y de los nervios, ni solamente del pensamiento propio y de la voluntad propia del hombre, sino de Dios mismo, y que así tienen la experiencia de Dios y de su vida sobrenatural, ese número de hombres de verdadera buena voluntad, ese número corto por demás, ¿va á aumentarse, sí ó no?

Tened á bien comprender que la gran plaga del linaje humano es que hay entre los hombres, en el

orden moral é intelectual, varias razas enemigas. No somos una mera especie como los leones, los tigres, y las águilas, animales siempre idénticos. En la unidad de la naturaleza humana, la libertad nos divide en especies, especies morales é intelectuales, que se aborrecen, se oprimen, se despojan, se degüellan y trabajan en destruirse. El asombroso fenómeno de la absoluta contradicción de las verdades parciales que se destruyen entre sí en boca de sus defensores; el lamentable fenómeno de la guerra, y el pavoroso espectáculo de la exterminación de un pueblo, sin hablar del canibalismo propiamente dicho, esa revelación del infierno; luego la miseria, la ignorancia, el vicio, los odios interminables, el embrutecimiento de una gran parte de nuestra especie, hé ahí los frutos de esas crueles variedades libres que quebrantan incesantemente la unidad en el seno de la familia humana, la unidad, la paz fraternal y las incalculables fuerzas de la unión. Y téngase entendido que esas crueles diversidades no constituyen en manera alguna la riqueza de los desenvolvimientos de la libertad, sino que son por el contrario trabas para el desenvolvimiento por abuso de la libertad. Hay razas de almas que se detienen en el primer escalon de la vida, y á veces se encierran en él con desprecio y odio hácia todo lo que es diferente. Lo mismo pasa en el segundo escalon. Sobre todo allí es donde ad-

quiere incremento el odio ardiente por todo lo que es mas encumbrado y la lucha encarnizada contra la raza de los hijos de Dios. Y por eso se hizo morir al hijo de Dios. Y por eso debió él decir : « ¿ Á qué profeta no perseguisteis <sup>1</sup>? » Y por eso debió anunciar esto á la raza nueva, cuyo Padre es : « Los hombres os harán morir <sup>2</sup>. » El carácter de los hijos de Dios, y en eso se les puede reconocer, es no aborrecer, sino amar; no matar, sino dejarse matar. En el lenguaje teológico, se da el nombre de *orgullo* á la dureza y terquedad de un alma en su parada de desarrollo. El alma parada así, que rehusa la vida superior, es llamada por Jesucristo hija del obstáculo y del espíritu maligno. Hija, dice el Evangelio, del que fué homicida desde el principio <sup>3</sup>, que es mentiroso y padre de la mentira, porque miente enunciando su propio fondo, al enunciarse él mismo : *ex propriis loquitur*. El alma parada en el egoísmo de los apetitos, engaña y miente, por lo mismo que expresa lo que hay en ella. El alma parada y encerrada en el egoísmo del espíritu, engaña y miente cuando enuncia su propio fondo como si lo fuera todo. Cada cual compone su doctrina de la sustancia de su vida. El hijo de Dios que lleva en sí la vida

<sup>1</sup> Quem prophetarum non sunt persecuti? Act. VII, 52.

<sup>2</sup> Et morte afficient ex vobis. Luc, XXI, 16.

<sup>3</sup> Joann., VIII, 44.

entera del hombre unida á la de Dios, ese da á conocer la verdad cuando dice lo que hay en él.

El espíritu maligno, el espíritu de parada en el egoísmo, es realmente el homicida desde el principio. Él es quien corta las almas en su raíz, el que las divide así en especies mutiladas y de ese modo separa á los hombres en razas enemigas, neutralizando así las inmensas fuerzas del género humano unido á Dios. El espíritu de Dios viene á quebrantar esos límites malos y esas paradas en el egoísmo, dándonos la libertad, la libertad de los hijos de Dios, es decir la extension y la dilatacion de los corazones que no tienen otra voluntad que la de Dios. El espíritu de amor viene á reducir á los hombres á la unidad completándonos á todos.

Pero hay almas detenidas por otro, mutiladas sin culpa suya; y hay almas detenidas por su culpa, que se complacen en la mutilacion y rechazan el espíritu de Dios que interviene para sanarlas.

Los primeros son los que el Evangelio llama *los pobres*, y él anuncia la buena nueva á los pobres, haciéndoles saber que viene para sanarlos.

Los otros son los judíos empedernidos, fariseos, escribas, herodianos y saduceos que hacen morir al Cristo.

Ahora bien, esa vida de los hijos de Dios, en que deben renacer los hombres para tener toda la ex-

tension y todas las ramas de la vida, es lo que se llama la regeneracion. La regeneracion, la palingenesia universal, era esperada ciertamente por el conjunto del género humano. Los hombres esperaban al hombre nuevo, al hombre divino, libertador y regenerador: á un hombre qui viniera á rescatarnos regenerándonos. Esperaban la encarnacion de Dios.

¿ La encarnacion de Dios, imaginada, concebida y esperada por todos los pueblos como principio de salud, de renacimiento, como redencion del mal y de la muerte; la encarnacion de Dios que es el dogma en que se funda la civilizacion cristiana y todo el mundo nuevo, este dogma fundamental es un sueño, una ilusion, una abstraccion, ó bien una verdad y una realidad? ¿ Qué cosa es? ¿ sueño, ilusion? ¿ abstraccion ideal? ¿ verdad y realidad?

De nuevo planteamos la cuestion en estos términos:

Despues de toda la crítica de todos los siglos, y de los dos últimos siglos, sobre todo del nuestro, ¿ qué queda, — no digo en la fe de las masas, sino en la ciencia mas adelantada; — qué queda del Cristo, del hijo único de Dios, Dios encarnado?

Vamos á tratar de decirlo en la última parte de esta obra.

## LIBRO CUARTO

LA CRITICA Y LA CIENCIA DEL CRISTO.

---

### CAPÍTULO I.

#### I.

Después de toda la crítica de todos los siglos, y de los dos últimos siglos, sobre todo del nuestro, ¿qué es lo que queda, — no digo en la fe de las masas, sino en la ciencia mas adelantada; — qué es lo que queda del Cristo, del hijo único de Dios, del Dios hecho hombre?

Si algo hay de patente, es que en este mismo momento Jesucristo, considerado como hombre, con su sola belleza de hombre mantiene, ó ántes bien restablece, á través de las extremas negaciones y de los últimos excesos de la crítica, una especie de entusiasmo hácia su persona y su obra.

Descúbrense verdaderamente en Nuestro Señor